

cacia de la oracion. Así ¡ no olvideis que la Confraternidad no conoce otro medio que la oracion! Convenzámonos que en un siglo y nacion sin fe, la fervorosa oracion ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de El una recompensa muy señalada. A aquéllos que se acordaron de Sion, miéntas los demás la olvidaron, túvoles el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nacion olvidada de la oracion, fiada de sí misma y apoyada en un brazo de carne; y Dios así nos asistirá como nunca, y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesus sobre la tierra. ¡ Oh los intereses de Jesus! ¡ Pluguiera al cielo encendiesen sin cesar nuestros corazones! La vida es corta, y es mucho lo que hay que hacer; pero la oracion es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. ¡ A la obra, pues! ¡ A trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos, por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesus!

CAPITULO II.

SIMPATÍA CON JESUS.

Servicio de amor.—La simpatía con Jesus, señal de santidad.
Los tres instintos de los Santos.—1.º Celo por la gloria de Dios.—2.º Susceptibilidad por los intereses de Jesus.—3.º Anhelos por la salvacion de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuita español.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.

SECCION PRIMERA.

La simpatía con Jesus, señal de santidad.

Miéntas Jacob vivió desterrado en casa de Laban, enamoróse de Raquel, hija de Laban, y dijo á su padre: «Te serviré siete años por Raquel;» y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos dias por la grandeza de su amor.* Ahora bien, ¿ no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga, y los dias muy pesados? ¿ No es la perseverancia una cosa enojosa, y nuestros deberes, molestos y desabridos? Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo, ¿ no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar, ¿ no llegan á sernos insoportables, y no nos obligan á suspirar por la compañía de Dios

como un amante por su amado? Pero no son estas las causas del disgusto que experimentamos nosotros, y á las que ahora estoy aludiendo: nuestra vida, especialmente la espiritual, se nos hace pesada por muy diferentes motivos. Es ciertamente una tarea enojosa y que desmaya el corazon, vivir luchando siempre con nuestras malas pasiones, sin conseguir apénas resultado alguno. Las tentaciones nos importunan, inquietannos los escrúpulos, y el término de nuestra ruin ambicion no parece se reduce á otra cosa que á morir, ser sepultados y morar despues en el purgatorio. ¿Y cuál es la causa de todo esto, más que el no servir á Jesus por amor? Como nosotros le sirviésemos por amor, seguramente que nos sucedería lo mismo que á Jacob, los años nos parecerían dias por la grandeza de nuestro amor. Veamos, pues, si es difícil servir á Jesus por puro amor.

Sentamos arriba como principio que el objeto de la Confraternidad no es otro que promover los intereses de Jesus, y que la oracion es el medio principal de conseguirlo. Pero en el hecho mismo de haber escogido la oracion para el logro de dicho objeto, claro está que exige algo más de nosotros. No es ciertamente imposible servir á Dios y promover los intereses de Jesus con tibieza, frialdad y desmayo, á la manera que uno dispensa á otro un favor cualquiera como de mala gana y, digámoslo así, á remolque; mas no es posible servir á Dios y promover los intereses de Je-

sus en la oracion con semejante frialdad y desabrimiento. Efectivamente, la oracion que no es fervorosa, no es oracion; es solo una distraccion ó irreverencia, y nada más. De aqui se sigue que, exigiéndonos la Confraternidad la práctica de la oracion, nos obliga por lo tanto de una manera muy especial á servir á Jesus por puro amor; y como somos tan amantes de la Confraternidad, y deseamos con tan vivas ansias su prosperidad y engrandecimiento, es este otro de los motivos que nos mueven á examinar, si es ó no posible servir á Jesus por amor. ¡Ojalá que siquiera uno solo de vosotros se resolviese á ello! ¡Qué gozo entónces para el cielo; qué alegría para Maria; qué consuelo para el Sagrado Corazon de Jesus! ¡Una alma más en el mundo, que sirve á Jesus por amor! ¡Dulce Señor mio, el proporcionarnos semejante consolacion bien merece mil años de penitencia! Ni la arrebolada puesta del sol, ni los cielos sembrados de estrellas, ni las espumosas ondas de la mar, ni los odoríferos bosques y risueños prados son objetos tan encantadores, como una alma que sirve á Jesus por amor en medio de una vida gastada y prosáica.

No hay uno siquiera en el mundo que no desee ser un Santo. Todos quisieran amar á Dios como los Santos le amaron; todos quisieran asimismo disfrutar de esa alegría dulcísima é inefable que inundaba su espíritu; y todos, por último, quisieran subir directamente á gozar de las inestimables delicias del cielo

sin tener que pasar por el purgatorio, para ocupar allí el primer asiento que los Santos se merecieran con su incomparable amor divino. Bien sabemos que nos separa una larga distancia de semejante estado, y aun tenemos no pocos motivos para temer no llegar á serlo jamás. Fáltanos resolución para practicar las penosas penitencias y mortificaciones corporales en que ellos se ejercitaron; no tenemos valor para renunciar generosamente al mundo, y carecemos de aquel apetito de cruces y trabajos que consumía y devoraba sus entrañas; pero ¿quién hay con todo eso que no desee ser un Santo?

No es mi ánimo proponeros ningún precepto difícil, ni mucho ménos rigurosas penitencias: tampoco os exijo cosas que excedan vuestras fuerzas; solamente deseo que os fijéis bien en esto. Observad los Santos de todas las edades, sea la que quiera su historia ó género de vida, y veréis, al compararlos entre sí, que no fueron sus austeridades las que les hicieron Santos. Nótanse en ellos, ciertamente, no pocas diferencias; pero no dejan sin embargo de tener bastante semejanza entre sí. Unos obraron milagros durante toda su vida, como San José Cupertino, religioso franciscano; otros acaso ninguno, como San Vicente de Paul —por lo que hace á San Juan Bautista, de quien dijo el Salvador cosas tan maravillosas, ni siquiera obró uno solo;—éstos practicaren espantosas penitencias como Santa Rosa de Lima, y aquéllos se contentaron

con renunciar á su voluntad propia, arrojándose en brazos de la divina; así lo ejecutó San Francisco de Sales. Pues bien; á pesar de todas estas diferencias, tienen todos ellos un carácter peculiar propio suyo y ciertos gustos é inclinaciones por los cuales podríamos conocerlos siempre, en cualquiera parte que los hallásemos; siendo lo más maravilloso que sus principales particularidades como Santos están á nuestro alcance, y podemos hacerlas nuestras sin necesidad de milagros estupendos ni rigurosas penitencias.

Peró no vayais con esto á creer que yo sostenga ser cosa fácil igualarnos á los Santos. ¡Nó! ¡nó! solamente afirmo que, si así nos place, en nuestra mano está apropiarnos no ménos los medios con que ellos amaron á Dios y promovieron los intereses de Jesus, que los gustos é inclinaciones que les hicieron tan gratos al Sagrado Corazon del Salvador. Más aún; luégo al punto llegaríamos á adquirir dichas particularidades tuyas sólo con que fuésemos miembros celosos de la Confraternidad. Resumiendo decimos, que si bien los Santos se diferencian entre sí, convienen sin embargo, todos ellos en tres cosas, á saber:—1.º celo por la gloria de Dios—2.º susceptibilidad por los intereses de Jesus—3.º anhelo y solicitud por la salvacion de las almas.

Peró ántes de hablar de cada una de estas tres cosas, debo prevenir una mala inteligencia de vuestra

parte. No quisiera, ciertamente, que nada de cuanto llevo dicho inspirase en alguno de vosotros la idea de que no puede llegar á ser un Santo: por poco que mis palabras hubiesen contribuido á impedirlos alcanzar semejante estado, este poco causaría en mi ánimo un desagrado profundo; como quiera que de este modo no habría yo promovido los intereses de Jesus, objeto único de esta obrita. Por vía de explicacion á mis expresiones, permitidme os refiera una historia de una Santa, de Jacinta de Mariscotti, canonizada por Pio VII en 1807. Fué ésta una doncella, italiana de nacion, cuyo carácter distintivo, durante su juventud, consistía en una extremada aficion al lujo y las galas. Enviáronla sus padres á educarse á un convento; pero todo el tiempo que permaneció en él no se ocupó de otra cosa que de tonterías y frivolidades mundanas, y toda su juventud la pasó en una disipacion completa. Durante este tiempo tuvo deseos de contraer matrimonio; y como viese que una hermana suya había hecho un buen casamiento, y ella no lo lograra, llenóse de envidia y de una rabia excesiva. Era de una índole enteramente antipática; y con semejantes vicios llegó á hacerse tan odiosa, que nadie podia sufrirla á su lado.

Su padre, tonto y más que tonto, quería que fuese monja; y aunque no tenía ni pizca de vocacion, creía ella, sin embargo, que podría abrazar ese estado como otro cualquiera, y así entró en un conven-

to de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo. En nada cambiaron sus gustos ni su carácter: el convento parece que era tan relajado que más no podía ser; de suerte que hizo en él todo cuanto quiso. Solía decir el glorioso San Alfonso, que era más fácil salvarse una alma en medio de las delicias del mundo que en una orden relajada; y por cierto que pocos tuvieron en semejante materia la experiencia de este siervo de Dios.

Lo primero que hizo nuestra Santa fué construir para sí, á expensas suyas, una magnífica habitacion, que adornó lujosamente, y, segun escribe su biógrafo, hasta con suntuosidad. Cuidábase muy poco de la regla, y si observaba algunos de sus capítulos, como puede suponerse, guardábalos con tibieza y flojedad. Era cada vez más vanidosa, y no pensaba sino en sí misma; ¡preparacion bien extraña para conseguir la santidad! Así vivió cerca de diez años, en cuyo tiempo la envió Dios una grave enfermedad, y viéndose á las puertas de la muerte, mandó llamar á un religioso franciscano, confesor del convento, para que la oyese en el tribunal de la Penitencia. Apenas observó el religioso los ricos adornos de la habitacion de aquella religiosa, negóse á oirla en confesion, diciéndola que el cielo no se había hecho para las monjas que llevaban una vida como la suya.— « ¡Cómo, exclamó ella, y no me he de salvar! »— « El único medio, replicóla el confesor, para alcanzar la

salvacion consiste en pedir á Dios perdon de todas sus culpas, reparar el escándalo que ha dado, y comenzar nueva vida. » Echóse entónces la Santa á llorar, y bajando al refectorio, donde á la sazón se hallaba la comunidad, postróse ante las religiosas, y pidiólas perdon de los escándalos que las había dado.

Pero á pesar de todo esto no se obró en ella un cambio extraordinario, ó á lo ménos heroico: pues no entrego luégo al punto á la Superiora las ricas galas que poseía, y sólo poco á poco fué mudando de género de vida. Para que se resolviera á entregarse de lleno á la virtud hasta llegar á ser una Santa, fué preciso que Dios la enviase de vez en cuando alguna enfermedad, y que el remordimiento de la conciencia prosiguiese con suave pertinacia la tarea de ahondar más y más profundamente en su corazón.

Hé aquí, pues, una historia llena de consolacion. Nuestra flaqueza nos arrastra á creer que los Santos fueron desde la cuna personas extraordinarias que, por especial favor del cielo, jamás perdieron la inocencia bautismal, y apénas llegaron á sentir la rebellion de sus pasiones, ó al ménos la peor de todas ellas, la de los inveterados hábitos pecaminosos; ó bien nos les representamos como personas en cuya santificacion ha intervenido la Providencia divina de un modo milagroso, como en la conversion de San Pablo y de San Ignacio; así es que es cuestion resuelta para nosotros el no llegar nunca á ser Santos. Pero

la historia de la vida de Santa Jacinta nos ofrece una idea enteramente distinta; á los años de tibieza, de pecados veniales y vanidad mundana, sucédese una semiconversion; á ésta siguen despues otras pequeñas conversiones; á éstas otras, y así sucesivamente, lo mismo que quizá ha acontecido con no pocos de nosotros.

Ved cómo ilustra esta historia la excelente y consoladora observacion del Padre Baker (Sancta Sophia, página 175.)—« Por lo que hace á las almas que por respetos humanos abrazaron la vida religiosa, no desmayen por eso creyendo que ya ningun fruto pueden sacar en ella, faltándoles el llamamiento divino; ántes bien confien en que, correspondiendo fielmente en lo sucesivo al género de vida que han abrazado por especial providencia de Dios contra sus intenciones y voluntad, la religion que profesan será un beneficio infinito para sus almas. No raras veces se ha visto esto en grandes Santos, luego que Dios les concedió luz para ver sus perversas intenciones y gracia para rectificarlas: con cuyos medios, quienes *comenzaron por la carne, acabaron por el espíritu.* »—En las casas religiosas, en el estado eclesiástico y hasta en la vida devota en medio del mundo ¡qué aliento tan grande no deben infundir en no pocos de nosotros semejantes palabras y ejemplo para volver á empezar nueva vida, áun cuando la hayamos ántes comenzado varias veces, y vuelto despues á abandonar! Lo

que todos nosotros necesitamos ahora es imitar los últimos años de Santa Jacinta.

Pero ¿cómo alcanzaremos la santidad de los últimos años de Santa Jacinta pronta y fácilmente? Cultivando los tres caracteres arriba mencionados, á saber:—celo por la gloria de Dios—susceptibilidad por los intereses de Jesus y—solicitud por la salvacion de las almas. En estas tres cosas consiste la simpatía con Jesus, y la simpatía es el fruto y el alimento del amor, y el amor es la santidad, y un Santo es simplemente aquél que profesa á Jesus más amor que la generalidad de las personas piadosas, y á quien el mismo Señor, en recompensa, le ha enriquecido con favores especiales.

SECCION II.

LOS TRES INSTINTOS DE LOS SANTOS.

1.º *Celo por la gloria de Dios.*

Es una verdad fundamental de la religion, que el único fin del hombre en la tierra es glorificar á Dios, salvando su alma. Este es nuestro único fin, nuestro único negocio: todo lo demás no nos importa un bledo. Las criaturas nos ayudan, ó sirvennos de estorbo en negocio de tanto interes, y así usaremos de ellas, segun que contribuyan ó se opongan á la consecu-

cion de semejante fin. De este primer principio, y de los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo, nace en nosotros la obligacion de procurar la gloria divina en la salvacion del alma de nuestros hermanos como en la nuestra propia. Si amamos á Dios, evidentemente serémos celosos de su gloria; y tanto mayor será nuestro celo, cuanto más encendido sea nuestro amor hacia su divina Persona. Cuando tomamos á pechos un negocio de interes, estamos seguros de llevarle á cabo con calor y perseverancia. La persona que llega á amar ardientemente á su Dios, hácese lo que nosotros llamamos hombre de una idea. Todo lo ve desde un solo punto de vista; los empleos y profesiones son para él otras tantas calamidades necesarias que le distraen de su única ocupacion, y no busca en todo y por todo sino la gloria de Dios: este es su último pensamiento al acostarse, y el primero que le asalta al despertar por la mañana. Si obtiene algun puesto, autoridad ó influencia, el primer impulso suyo es de ver cómo lo empleará á la mayor gloria de Dios: si le sobreviene alguna desgracia, ó, por el contrario, recibe en herencia una suma considerable de dinero, esta es asimismo la primera idea que le sugiere su entendimiento: interésase grandemente por la Iglesia y los pobres, por la educacion y moralizacion de costumbres, y no por otra razon, sino porque estos objetos rebosan gloria divina. Un hombre del mundo contempla el inmenso sistema de caminos de hierro y vapores de navegacion que cubren el globo

como una red: calcula sus resultados probables sobre los gobiernos, derechos populares, ciencias, literatura, comercio y civilizacion, el problema le fascina. Pues así sucede tambien con el hombre de Dios. Contempla los mismos objetos, y calcula sus efectos probables sobre los adelantos de las misiones; discurre acerca de la influencia que podrán ejercer en favor de la union de todos los católicos; cómo facilitarán la comunicacion con la Santa Sede, en lo que consiste la independencia de la Iglesia; y cómo, por último, dichos objetos y otros semejantes procurarán á Dios un riquísimo tesoro de gloria y bendicion. Cuando un hombre se entrega de lleno á la política; sea la del gobierno ó la de la oposicion, no ve cuanto acaece sino con relacion á las ideas que absorben todas las potencias de su alma. El estado de la cosecha, la probabilidad de una mala recoleccion, nuestras relaciones internacionales, el descontento interior, el malestar de las clases obreras, las bulas papales, son para él otros tantos asuntos que afectan grandemente al partido político á que está afiliado. Pues así igualmente sucede á la persona que ama á Dios de todo corazon: no hay cosa, por inverosímil que parezca, que segun ella no tenga que ver con la gloria divina. No quiere esto decir que deba estar siempre pensando en semejante asunto con actual intencion: esto sería imposible y, en cierta manera, superior á la condicion humana; pero sí, que esa es la idea que más le preocupa, y la primera que

suele ocurrírsele, como acontece á aquél que ama con pasion un objeto, y desea con vivas ansias poseerle.

Pues esto no es muy difícil de lograr. No hay en ello ningun sacrificio costoso de hacer, ningunas espantosas austeridades que practicar. Comencemos sosegadamente á ejercitarnos en esta devocion: primero un poco, luego algo más, y así sucesivamente, hasta que por fin lleguemos á familiarizarnos, y nos sea enteramente habitual. Todas las mañanas dirijamos á Dios una corta oracion para conseguir de su inefable liberalidad una especial gracia de estar siempre buscando su gloria, y luz singular para hallarla. Renovemos dos veces al dia dicha intencion, pidiéndole semejante favor despues de la Comunión, rosario y exámen de conciencia. Si alguna vez lo olvidámos, no desmayemos por eso, ello vendrá con el uso; y como nosotros lleguemos á perseverar unos cuantos meses en dicho ejercicio, el mismo Dios empezará entónces á ayudarnos de una manera muy especial. Pero nó antes ¡tenedlo muy presente! pues tal es su conducta, esto es, esperarnos algun tiempo, y ver si perseveramos. Dios realmente está ayudándonos sin cesar; de otra suerte sería imposible nuestra perseverancia en el bien: sólo que sus socorros no son tan abundantes ni eficaces. Repito, pues, que esto, como veis, no es difícil de alcanzar; y si lo consiguiéramos, en el trascurso de un año ¡cuántas millas no nos aproximáramos á los Santos, y cómo prosperarían entónces los intereses de Jesus!

SECCION III.

2.º *Susceptibilidad por los intereses de Jesus.*

Empleo de propósito esta palabra, porque no conozco otra que exprese con tanta exactitud mi pensamiento. Nosotros sabemos perfectamente qué es la susceptibilidad por nuestros propios intereses y los de aquellos que son nuestros amigos ó allegados. Ofendémonos á la más ligera insinuación ó sospecha de un ataque; constantemente estamos acechando con recelosa suspicacia, como si todos cuantos se nos acercan, abrigasen contra nosotros algun designio siniestro. Cuando tal imaginamos, al punto nos damos por ofendidos, y denunciarnos á nuestros ofensores como á enemigos: ó si nuestra suspicacia no llega á este extremo, les censuramos con acritud, ó bien perdemos la calma, y les hablamos con cierto desabrimiento. Aplicad, pues, todo esto á los intereses de Jesus, y os habréis formado una idea cabal de lo que es un Santo. Sin embargo, aún las personas virtuosas no comprenden dicha exquisita delicadeza, y hasta la condenan como una extravagancia ó indiscreción, solamente porque ignoran qué es servir á Dios con servicio de amor. Cuando una persona extremadamente sensible por los intereses de Jesus oye cualquiera escándalo, luego al punto siente en su

ánimo una angustia horrible; dia y noche no hace otra cosa sino pensar en él; habla con amargura de su corazón de semejante falta; apenas puede disfrutar un momento de reposo, y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada. Sus amigos no conciben cómo lo toma tan á pechos.—«¿Pues qué tiene ella que ver, dicen, con semejante escándalo, ni qué responsabilidad puede caberla en dicho asunto?» Así es que están prontos á acusarla de afectación; pues no ven que todo el amor de su amigo es por Jesus, y que es para su espíritu un verdadero martirio la más mínima injuria que se infiera á los intereses de su amoroso Señor. Seguramente que no podrían ellos sufrir con calma verse enredados por espacio de un mes en un pleito odioso é injusto; pero ¿qué es todo esto comparado con el más liviano tropiezo puesto en la senda de los intereses de Jesus? Los que así obran preciso es que abriguen en su corazón alguna preocupación ménos cristiana.

Otra manera de manifestarse esta susceptibilidad por los intereses de Jesus consiste en la exquisita delicadeza y viva detestación de la herejía y falsa doctrina. La pureza en la fe es uno de los más caros intereses de Jesus; y en su consecuencia, aquel que ama con encendido amor á su Señor y Maestro, forzadamente ha de sufrir una horrible angustia, superior á todo encarecimiento, con la enseñanza de una falsa doctrina, especialmente entre católicos. Toda opinion

que redunde en olvido de nuestro Señor, en depreciación de su gracia, en deshonor de su Madre, en detrimento de los Sacramentos, en menoscabo, por mínimo que sea, de las prerogativas de su Vicario en la tierra; aunque se emita incidentalmente y en conversacion pasajera, púnzale con tal viveza, que hasta llegar á sentir un sufrimiento corporal. Las personas irreflexivas se escandalizan hasta cierto punto de sensibilidad tan extraña; pero es únicamente porque no saben apreciar en cosas espirituales una delicadeza que, en objetos terrenos, les parecería lo más natural del mundo. Así es que no hallaréis un solo Santo que no haya conservado viva en el fondo de su corazón esa pena del amor, esa incapacidad para oír impasible el ruido de la herejía ó falsa doctrina; y aquél que no la experimente, es seguro, como el sol está en los cielos, que no ama á Jesus sino con pobre y mezquino amor.

Manifiéstase igualmente dicha susceptibilidad, conforme la ocasion lo requiere, en todos los intereses de Jesus de que hablamos en el capítulo anterior. Una observacion, sin embargo, debemos hacer aquí. Sucederá con frecuencia que una persona en cuyo corazón no ha echado todavía el amor divino hondas raíces, sea indiscreta, impaciente, descortés y desabrida; sospechará donde no haya ningun motivo para ello, y no podrá sufrir con calma la indiferencia y frialdad de los demás, como lo sufriría, ciertamente, si

el hábito de la caridad estuviese en ella perfectamente formado. Esto no raras veces redunde en descrédito de la devocion, pues no hay personas que sean juzgadas con tanta severidad como aquellas que hacen profesion de vida devota. Pero no desmayen por eso: acuérdense que es preciso que tengan al principio sus faltas é imperfecciones; que deben subir los escalones ménos suaves de la vida espiritual; que no pocas veces, y esto debe servirles de grande consolacion, miéntras los hombres las condenan, Jesus las absuelve; y por último, que las imperfecciones mismas de su tierno amor agradan grandemente al Señor, al propio tiempo que son odiosas á sus divinos ojos la crítica y moderacion pomposa de sus detractores.

Ahora bien; no seria difícil cultivar esta sensibilidad y exquisita delicadeza por los intereses de Jesus, no obstante de ser uno de los principales instintos de los Santos. ¿No valdrá, pues, la pena de ensayarlo? ¿Puede acaso haber mayor placer en la vida que servir á Jesus por amor? Hoy mismo podríamos empezar: ninguna dificultad hay en ello; ningun cambio repentino ni violento se necesita obrar en nuestro género de vida. Pensemos un poco más sobre el divino amor, pidamos tambien algo más amor, y ya nos hallamos en la verdadera senda: la Confraternidad, sin trabas ni obligacion alguna, pónenos en el principio de dicho camino.